

Notas de andar y ver

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Cuando Peter Gabriel preparaba la música para la película *La última tentación de Jesucristo* buscó por todo el mundo la voz que pudiera expresar la agonía de Jesús. La encontró en Pakistán, en un hombre que ya era conocido en Asia como "la voz de Dios". Nusrat Fateh All Khan era su nombre.

Nusrat Fateh All Khan murió el 16 de agosto. Era el máximo representante de la música qawwali: expresión musical de la poesía devota de la secta de los sufíes. Qawwali significa literalmente, pronunciación. Su propósito es elevar el espíritu de quien canta y de quien escucha para reunirlos con Dios. Una embriaguez mística a través de la garganta y el oído. Cantar la música qawwali, decía Nusrat, no es simple ejercicio de vocalización: es el acto por el que se libera el alma del cuerpo para alcanzar el éxtasis.

La estructura musical del canto es muy simple: el cantante qawwal canta un verso que el coro reitera. Así se trenza improvisada y aceleradamente el ritmo hasta alcanzar el clímax de la revelación. Las palabras, normalmente en urdu o persa, se repiten a tal velocidad que pierden sentido al fundirse con el espíritu de la música. El embrujo de la melodía irresistible. La voz se contorsiona. Como una víbora encantada, el cuerpo que oye esta cadencia, ignorando lo que sus palabras significan, irremediablemente, se ondula.

La voz terrosa, áspera, de Nusrat salía muy de dentro; de muy atrás, de siglos atrás. No es para menos: su familia ha sido qawwal durante seis siglos, no exagero si digo que esta hondura ancestral se nota en las grabaciones. Nusrat estuvo a punto de abandonar la tradición: no sabía cantar, iba a ser médico. Pero, según contaba este malabarista de la garganta, diez días después de que su padre murió, tuvo un sueño que cambió su vida. Su padre apareció y le tocó la garganta. De inmediato empezó a cantar en la ceremonia fúnebre de su padre. Treinta días después del sueño, en la celebración luctuosa cantó por primera vez.

La muerte de Nusrat fue una tragedia nacional en Pakistán. Era el más grande cantante del país. Pero Fateh All Khan también alcanzó una enorme popularidad en Europa y en Estados Unidos. El cantante no tuvo miedo de experimentar con otras tradiciones. Fue Peter Gabriel quien introdujo al Pavarotti pakistaní en los círculos occidentales. Primero con el soundtrack de la película de Scorsese y después con una serie de estupendas grabaciones en su disquera, Real World. Gracias a la exploración de Peter Gabriel hemos podido conocer a un gigante como Nusrat Fateh All Khan. El pakistaní no es, por cierto, el único músico que se ha proyectado a occidente con el trampolín de Real World. El arcoiris que está en el lomo de cada uno de los discos abarca continentes: música keniana, rusa, japonesa, colombiana, hindú. Lejos de ser una colección inspirada en la curiosidad antropológica, el catálogo reúne buena música, sea tradicional o moderna, independientemente del lugar en el que se produzca. Como las buenas editoriales, la serie de Real World ofrece una garantía. Uno puede comprar a ciegas el CD de un cuarteto georgiano, un cantante camboyano o una vocalista hindú si lleva ese respaldo.

Con el sello de Real World aparecieron varios CD de Nusrat Fateh All Khan. Quizá los tres mejores son *Devotional and Love Songs* con arreglos e instrumentación tradicional, y los dos magníficos discos que hizo en colaboración con el guitarrista canadiense, Michel Brook. El primero de estos trabajos fue *Mustt Mustt y Night Song*. Este álbum es, seguramente, la mejor puerta de acceso al duende de este talento excepcional.

En el reino de la imagen fue soberana. Su perfil alcanzó la ubicuidad. Reunió todos los atributos de una diosa de la era mediática: hermosa, elegante, sufrida, cálida, voluntariosa, compasiva. La mujer más fotografiada de la historia se convirtió en uno de los espejos de nuestro tiempo. Una santa para el nuevo siglo: una mujer guapa, famosa, rica, herida, sexy y buena.

Tenía, más que la belleza, la elegancia y la fama de una supermodelo. La ropa no jugó un papel secundario en su vida. En ella está un compendio de su biografía. Lo hemos podido ver en los reportajes que se han publicado en estos días. En sus primeros años de vida pública la veíamos envuelta en el caramelo que ordenaba la corona. Después, convertida en estrella de la moda, Diana encontró en la elegancia de sus ropas la puerta de la independencia. Su rebeldía se expresaba en la exquisitez de sus telas; su grito de independencia era el desnudo de sus hombros.

Pero quizá lo que sedujo al mundo fue la transparencia de su sufrimiento. En medio de la "cultura de la queja", como nombra el australiano Robert Hughes una de nuestras dolencias contemporáneas, Diana se enlazó con el mundo a través de su dolor. Las princesas también lloran y lo hacen, como terapia, frente a la televisión, ante millones de espectadores. El mundo supo de sus desórdenes psicológicos y físicos, de sus infidelidades, de sus intentos de suicidio. La princesa mostró su desamparo y en esa confesión encontró su coronación. Esa era la imagen que Diana proyectó de sí misma: la princesa desamparada. Pero también está Diana, la sobreviviente, la princesa desterrada que encuentra una misión: ayudar a otros, abrazarlos, tocarlos. Símbolo de la mujer de nuestro tiempo, víctima valerosa al mismo tiempo. Representación al fin del individuo contemporáneo.

Casi no hablaba pero sabía tocar. Así se comunicaba, ahí residía su encanto. Frente a la estudiada distancia de su exfamilia política, Diana tocaba sin guantes. Ahí están las fotos que muestran ese roce plebeyo. Andrew Sullivan en *The New Republic* escribía que Diana fue "humanidad en medio del artificio, modernidad

en el corazón de la tradición, espontaneidad en un país donde la ceremonia es frecuentemente un sustituto de vida. Diana fue, a su manera, tortuosa y recatada, una apasionada defensora de la vida frente al ritual."

Diana transformó la percepción de los Windsors. Desde las revelaciones de Diana a su biógrafo, la familia real británica quedó retratada como una casa helada, insensible y hasta cruel. Diana gritaba, se consumía y nadie estiraba el brazo. Para una institución que funda su autoridad en ser, precisamente, familia, el golpe fue devastador. Al hostigar a la muñeca, la monarquía extravió quizá el boleto al siglo XXI, perdió la figura que habría podido reconciliarla con la modernidad. El instinto de Diana, he leído en alguno de los artículos que se han publicado en la prensa inglesa, combinaba el halo de la realeza y los reflejos de la nueva política mediática: la etiqueta y la calidez. Quizá por ello Tony Blair, genio de la videopolítica, supo captar de inmediato el ánimo de la gente y la llamó "princesa del pueblo". El primer ministro pensaba, incluso, darle un puesto cuasidiplomático.

"Diana besó al príncipe y lo convirtió en sapo", escribía Carlos Fuentes unos días después del accidente fatal. Cerca del 70 por ciento de los ingleses creen que el divorciado no debe ocupar el trono. Dos de cada tres creen, incluso, que los tiempos de la monarquía han pasado. Esa ha sido una de las lecturas de la desaparición de la princesa triste. La muerte de la consorte que fue privada de sus títulos por la casa real, ha sido indudablemente un duro golpe no solamente al exmarido del mito sino a la monarquía británica. Así lo ponía el editorial del Sunday Times el 7 de septiembre: los funerales de Diana exigen reconsiderar el propósito de la monarquía y lo que los ingleses esperan de ella. Una "Real revolución" se titulaba el comentario del diario londinense.